

EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

2 pesetas 50 céntimos
en toda España.
Números sueltos, 50 céntos.

Se publica los días 15 y 30
de cada mes.

REVISTA CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR, D. ENRIQUE SOLÁS.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Librería de Fandoé Hijo,
Comercio, 31,
y en la portería del Casino.

La correspondencia se di-
rigirá al Administrador,
Cristo de la Luz, 22.

NÚM.º 18.

Toledo 30 de Diciembre de 1878.

AÑO I. (2.ª época.)

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA CELEBRADA POR D. JOSÉ MARÍA
CORANTÍ, EL DÍA 6 DE DICIEMBRE, SOBRE LA

Historia de la Economía política.

Empezó dicho señor por manifestar al ilustrado público que llenaba el salón, que no trataba de formular una teoría desconocida; entrando después en su desarrollo; que únicamente contando con su benevolencia, iba á ocuparse breve rato de una ciencia, que si bien ajena á su profesion de las Armas, el estudio de ella habia sido el mejor deleite de sus ócios.

Dividió su discurso en dos partes: teniendo la primera su punto de partida en la más remota antigüedad, y concluyendo allí donde empiezan los primeros ensayos de la Economía política; abrazando la segunda, desde esta época hasta nuestros días; y prosiguió considerando primero al hombre en su estado primitivo y después como el jefe de una familia ó tribu, viniendo á deducir que siendo muy limitado el círculo de sus necesidades, la Economía primitiva «estaba reducida á hermanar la primera necesidad física del hombre, que es la del alimento, con una de sus más intensas necesidades morales: el sentimiento de familia.» Habló después de las tribus que constituidas en pueblos ocuparon el Asia, conviniendo en que no fué su ilustración al parecer tan exígua; enumeró uno por uno todos sus conocimientos, y concluyó por decir que su Economía fué ya más perfecta al poner al lado del orden físico y moral, el orden intelectual.

«Multiplicáronse—dijo—más tarde aquellos hombres y se extendieron por otras comarcas fundando ciudades y formando naciones; y en este supuesto, conviene á mi propósito investigar su clase de trabajo, sus artes, su comercio, sus adelantos científicos, sus instituciones, sus sistemas rentístico y administrativo; en una palabra, todos los elementos de su riqueza.» Dió principio á estas investigaciones con los hebreos constituidos ya en nación después del diluvio universal, observando

que sus elementos de Economía política lograron cierta latitud. «La agricultura ocupando un lugar preferente entre ellos, atendido el comercio, consideradas las artes, el trabajo y la economía figurando en primera línea y como principio de riqueza, una estadística de la población, una administración prudente y benéfica, la esclavitud dulcificada por preceptos y sentimientos humanitarios y su culto al Eterno; son obras tantas pruebas, del gran paso que habian dado en la senda de los adelantos y de la civilización.»

Después de ocuparse de sus trabajos intelectuales, añadió, que poco era lo que podia decir, habiendo hablado de los hebreos, de los persas, los medas y los asirios, que alcanzaron una parecida civilización é igual progreso en las artes.

Prosiguió el Sr. Corantí, tratando de la organización económica de los fenicios, extendiéndose en consideraciones sobre ella, citando para dar una idea del espíritu comercial de este pueblo, la bellísima descripción que de la opulenta Tiro hace el poeta Ezequiel.

Ocupándose después del Egipto, dice: «Amanes los egipcios de la paz, no tenían más fuerzas militares que las indispensables para la defensa de su territorio, y en el seno de ella, buscaron en el trabajo y en las cosechas de sus campos fertilizados por las aguas del Nilo en sus periódicas inundaciones, lo que los romanos quisieron procurarse por medio de la guerra y la conquista: Hé aquí, señores, por qué la riqueza y prosperidad del Egipto, tuvieron más sólidos fundamentos que la riqueza y la prosperidad de los romanos.» Adujo razones para probar que las castas tuvieron su razón de ser bajo el doble punto de vista político y social, y concluyó manifestando el grado de perfección que alcanzaron entre los egipcios ciertas artes.

Hablando de Grecia—dijo—que fué el pueblo de la antigüedad en donde el movimiento científico hizo más rápidos progresos; disertando acerca de sus filósofos y de las obras que éstos legaron.

« ¡La agricultura y la guerra! A esto estuvo reducida toda la Economía política de los romanos durante la República. »

« Dotados de un carácter guerrero y emprendedor, más bien que industrial y mercantil, creyeron resolver el problema de su riqueza y prosperidad por medio la guerra y de las conquistas. »

« Los horrorosos y sangrientos saqueos de Siracusa, de Numidia, de Siria y de Tarento, ponen á su disposición codiciado botín, y no á pocos patricios enriquecieron los despojos de la heroica Cartago; en tanto que los trabajos mecánicos progresaban poco ó nada en manos de sus oprimidos esclavos que los ejercitaban con ciega rutina; y en tanto también, que su comercio reducido estaba á abastecer á Roma de granos y de aprestos de guerra. »

Entró después á considerar el estado de decadencia y de degradación social á que llegó el pueblo romano. Ocupándose también de las reformas que introdujo Augusto en provecho de la buena administración y continuó el orador expresándose en estos términos:

« Tuvieron los romanos siempre en mucho á la agricultura, negaron su aprecio y protección á la industria mercantil; y las artes mecánicas y manufactureras permanecieron estacionarias, abandonadas por completo á sus esclavos, los que tenían la consideración de *cosa*, y arrastraban su pobre existencia bajo el peso de los derechos más repugnantes y absurdos que las leyes concedían á sus señores. »

« ¡La esclavitud!.... No otra cosa que cruel azote de la humanidad, fué lo mismo en Roma que en Grecia! » Continuó ocupándose de la grandeza de Roma y de los progresos de los romanos en los distintos ramos del saber humano, y siguiendo el análisis de los rasgos característicos de su Economía política, concluyó así: « Si los romanos no hubieran hecho consistir en la guerra, como llevo dicho, sus elementos de riqueza y prosperidad nacional, y lejos de irlos á buscar en medio de los horrores del saqueo, hubieran protegido la industria y entablado relaciones mercantiles con aquellos pueblos que entregaban á las llamas y á la destrucción, no hubieran apresurado la ruina y el desquiciamiento del Imperio. »

Haciendo la reseña histórica del advenimiento del cristianismo: « ¡Extraño contraste—dijo—formaban las doctrinas filosóficas de Aristóteles haciendo derivar la esclavitud de un derecho natural, y las que estaban entonces muy en boga entre los romanos, con el principio de igualdad que procla-

maba el cristianismo! Predicaba además la caridad, la justicia, la sumisión, el trabajo y el amor al prójimo. »

« Es indudable que estas ideas de inagotable y civilizadora pureza, fueron muy oportunas en aquel período de descomposición social, con tantas clases de razas, con una esclavitud insoportable, la más despótica é inhumana que hasta entonces se conociera, y la diversidad en fin, de lenguas, de costumbres y aquella tan degradada moral! »

Ocupóse después de la irrupción de los bárbaros y de la influencia que éstos en su asociación con el cristianismo ejercieron, así en el orden político como en el orden social; y habló de las Cruzadas en estos términos: « Al poco tiempo de comenzadas las Cruzadas, cierta cultura y refinamiento se manifestaron en todo. El continuo comercio y la incesante comunicación entre el Oriente y el Occidente, dieron á aquél un impulso considerable é inmensas proporciones á la navegación. » Enumeró los descubrimientos más importantes que tuvieron lugar al espirar la época que iba recorriendo; y concluyó tratando de los sistemas coloniales. Impugnó luego á las corporaciones y los gremios de artes y oficios considerándolos atentatorios al desarrollo industrial y adujo razones para probar por qué los pueblos civilizados de la antigüedad, no cultivaron los estudios económicos.

Pasó después el Sr. Corantí á tratar de las Escuelas Económicas empezando por la *mercantil* y sucesivamente de la de los *fisiócratas*, haciendo de ellas un detenido análisis y planteando luego los principios en que descansa el sistema industrial fundado por Adam Smith; hizo un ligero examen de su magnífica obra titulada *Riqueza de las naciones*, haciendo algunas observaciones sobre los puntos más culminantes de las teorías de la *Escuela industrial*.

« Un economista tan notable como Say—añadió—vino á rectificar el exclusivismo de Smith, reconociendo la necesidad de tres agentes en la producción de la riqueza; » citó los nombres con que dicho economista designa la cooperación que presta en la producción cada uno de los tres agentes, y se expresó después en estos términos: « Según Say, brota la riqueza de tres grandes ramas, á saber: la agricultura, la industria y el comercio, y hace notar que existe dentro de cada una cierta gradación de operaciones, que si bien diferentes, todas concurren al mismo fin; viendo en su resumen el trabajo humano. »

Hablando luego de las Escuelas socialistas,

cuyas doctrinas impugnó, fijóse en el primer sistema socialista de Carlos Fourier, exponiendo que quiere que prevalezca por medio de la *atracción apasionada* la asociación sobre la división, piensa que aquella procede de Dios, y que el hombre se aproxima tanto más á la felicidad cuanto mayor sea el número de sus pasiones y los medios con que cuente para satisfacerlas; propone como mejor sistema de asociación los *falansterios* y determina el número de personas que debe cobijar cada uno de éstos, divididas por grupos, series y falanjes.»

«Desenvuelve Fourier este sistema, abreviando las horas de trabajo, combinando los esfuerzos de los asociados y distribuyendo sus funciones. La agricultura, la industria y el comercio harían las delicias de cada cual respectivamente, según su inclinación; transformada por arte mágica cada ocupación en un continuo recreo y en una serie de placeres perpétuos, según lo había *soñado* el economista.

«En el *falansterio* cada familia estaría alojada con arreglo á su fortuna; la propiedad sería colectiva; el valor de ellas representado en acciones; con derecho sus portadores á los beneficios, en proporción á su capital respectivo. La masa general de los productos se repartiría entre los tres agentes productores: el trabajo, el talento y el capital. Dicta el reformador medidas para que los dos primeros sean recompensados, atendándose para ello á la utilidad relativa que pueden reportar. Cree Fourier que el orden más admirable, la paz más perfecta y la más completa felicidad reinarian en los *falansterios* convertidos en paraísos. Esto en cuanto se relaciona con la Economía.»

«En el orden político: *Elección universal, igualdad absoluta y entera libertad.*»

«Y pensar, señores, que todo esto se puede conseguir con sólo la *atracción apasionada!*....»

Cita el orador los ensayos de *vida social* llevados á cabo por el fabricante Owen y entra á considerar la *Escuela Sansimoniana*, la cual, á su juicio, se dedicó más á la reforma política que á la económica.

Sigue á ésta el sistema reformista de Mr. Cabet, «que fundaba sus doctrinas en la tendencia siempre progresiva de la humanidad hácia la perfección; siendo el hombre sociable y aspirando á la felicidad, cree que sólo la puede conseguir con la igualdad y la fraternidad; sentadas estas premisas reconoce la contraposición que existe entre estos principios fundamentales de su sistema y la organización y constitución de la sociedad con la propiedad privada. A falta de *otra cosa* recurre Cabet

al comunismo, si bien no excluye ni al estado como organización política, ni al matrimonio como institución civil y religiosa, ni á la familia, ni á los progresos ulteriores de la civilización.»

«Además de no ser el sistema nuevo, bastaría apoyándose en las mismas bases en que su autor lo funda, para que todo él se desplomara. Siendo el hombre por naturaleza perfectible, sus tendencias se dirigen siempre á sobresalir entre sus semejantes, verificándose en él una reacción en sentido opuesto á la igualdad. Si su talento es superior al de los demás, preferirá también en vez de la igualdad absoluta, que se establezcan diferencias en favor de la capacidad, y caso de que con sus profundos conocimientos haya contribuido á dar un impulso mayor á la producción, no es ni justo ni *razonable*, que obtenga el mismo beneficio que el último de los operarios; sin estos estímulos la sociedad permanecería estacionaria sin dar un solo paso en la senda del progreso, puesto que el hombre en su egoísmo disculpable generalmente hablando, atiende ántes á sí propio que al bien general.»

Combatió después el Sr. Corantí la igualdad de retribuciones, por la que aboga Luis Blanc en su sistema reformista, y mostróse también nada conforme con la intervención directa que quiere aquél que tenga el Gobierno en el trabajo; diciendo acerca de esta organización: «Que no era á su juicio propia y que las Escuelas modernas condenan también la intervención de los Gobiernos en la producción de la riqueza. Otra muy distinta, es la misión de los que rigen los destinos del Estado. Deben sí, los Gobiernos encaminar su acción á la marcha progresiva de la acción individual, asegurando unas veces el orden y la tranquilidad como necesarios á la producción; otras, deben hacer que desaparezcan los obstáculos que se oponen á la actividad humana, contribuyendo aunque indirectamente, á dar mayor impulso á las riquezas, construyendo caminos, facilitando los medios de comunicación é introduciendo además todas aquellas mejoras que favorezcan la industria y el comercio. Proteger las invenciones y las instituciones de crédito, propagar los adelantos científicos y atender á todo lo que pueda redundar en pro del interés en general.»

Citó luego literalmente, el juicio que de las teorías de Proudhon hace Reybaud; dando por terminada su conferencia con la exposición del sistema moderno.

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EL DIA 13 DEL CORRIENTE, EN EL CENTRO DE ARTISTAS É INDUSTRIALES, POR D. SATURNINO MILÉGO, SOBRE

Principios de Crítica literaria.

El Sr. Milégo comenzó su discurso anunciando que la conferencia, de aquella noche, tendría el carácter de mera introducción á unas «Lecciones de Historia crítica de la Literatura Española» que tomaba á su cargo, accediendo á los deseos de algunos amigos y compañeros de Junta facultativa, y en obsequio al numeroso público que ordinariamente acude á las conferencias. Respondiendo también con ellas á una necesidad sentida desde el curso anterior: la de inaugurar enseñanzas, sujetas á plan sistemático y gradual, en las que se salven los inconvenientes que ofrecen á los oradores, para el completo desarrollo de los temas, el reducido tiempo de que buenamente disponen y los límites hijos del aliño retórico de los discursos.

«Con esta dirección de los trabajos científicos y literarios, añadia, se conseguirá, mejor, hacerlos accesibles á todas las inteligencias, evitando que algunos puedan calificar de *abstractas* y de *escasos resultados*, las tareas de nuestra Asociación. Tendemos, pues, á popularizar estos estudios; queremos contribuir en cuanto lo permitan nuestras fuerzas á la cultura general; libres de todo interés de escuela y de toda presuntuosa vanidad, propia de espíritus pequeños ó mal avenidos con lo que dignifica y ennoblece al hombre.»

Entrando á desarrollar el tema propuesto, discutió ámpliamente el concepto del Arte en general, haciéndose cargo de las teorías realista, idealista y armónica. Hizo notar los progresos de la ciencia de lo bello (*Estética ó Calología*) debidos en su mayor parte á la acertada dirección metódica de la filosofía moderna, y dedujo la íntima correlación del fin artístico con todos los demás fines humanos. Razonó la división más generalmente admitida del arte, y estableció el lugar que en su organismo corresponde á la Literatura, entendida como «*manifestación artística de los estados del espíritu humano, por medio de la palabra.*»

Interesaba también al orador, para llegar á establecer los principios fundamentales de crítica, presentar el total contenido del arte literario y así lo hizo en breves términos; originándose de este modo la exposición analítica de los conceptos de *verdad, bondad y belleza*, así como la distinción de órdenes y esferas en lo bello y sus relaciones con lo cómico y lo sublime. El estudio de las cua-

lidades esenciales y formales de toda producción artística llevó al disertante á la afirmación racional de que en el arte debe sacrificarse todo al triunfo del elemento estético (teoría del arte por el arte.)

Con estos precedentes pudo el Sr. Milégo encajear la importancia y la seriedad del ministerio de la crítica; fijar el extenso campo que tiene que recorrer y presentar el cuadro de los estudios que reclama. «La crítica nacida del espíritu moderno, »dijo, ha roto barreras tímidamente alzadas y re- »velado la inmensa extensión de su campo. Tiene »que sostener todavía empeñada lucha con las »preocupaciones heredadas de otras épocas; pero »viene armada con la antorcha de la razón y llega »á tiempo en que han comenzado á derrocarse los »idolos del exclusivismo hasta ahora ciegamente »incensados.»

Recordó la distinción que Mr. Villemain hace de la crítica en dogmática, histórica y conjetural; bosquejó las vicisitudes por que la crítica ha pasado hasta llegar á nuestro siglo, «cuya tolerancia engendra el anhelo de penetrar los misterios de otras edades y que se caracteriza felizmente, por la imparcialidad é independencia de sus juicios.»

Limitando en este punto sus consideraciones á la esfera de las letras, hizo notar que la justicia literaria exige del crítico diga la verdad toda entera cuando se juzga á un escritor; pues, como escribía el docto Lista, *nada es más mentiroso que una media verdad*. Hablando después de la influencia de la crítica en la dirección artística, combatió las erróneas afirmaciones de los que sostienen que el arte se esteriliza bajo el peso de las censuras. El análisis crítico no mata sino lo que es indigno de vivir. El respeto y la estimación sobre las mismas obras un tiempo desdeñadas son el mayor triunfo de la crítica del siglo XIX, que no se limita al somero estudio de las formas externas, ó á ligeras apreciaciones sobre el mérito y defectos de las obras,—sin llegar nunca á juicios completos y ménos á fundarlos en base alguna,—sino que se eleva al principio de que emana la idea de belleza desentrañando las cualidades del pensamiento al par que el arte en la estructura de la forma.

«A la crítica fundada ántes en la mera experiencia ha sucedido otra crítica deducida de altos principios filosóficos, la cual comprende todos los casos particulares y sirve de norma y regla para esclarecerlos y juzgarlos.» Así como hay una ciencia físico-matemática que determina las leyes según las cuales percibe y abarca nuestro entendi-

miento todos los seres del universo sensible, así hay también una filosofía del arte con cuyo auxilio y luz se alcanza mucho más que con los preceptos fundados en la simple observación.

Al desarrollo de la filosofía novísima, —anatematizada tan sólo por quienes ni aun siquiera conocen sus rudimentos, —debemos la indicación del verdadero camino para la ciencia y el arte y los anchurosos horizontes que la crítica moderna tiene ante sus ojos. Roto el yugo de las escuelas, cobrada la conciencia de su propio valer, la crítica no pierde hoy de vista la luz de la razón, sin la cual se oscurece el sentido de lo hermoso y de lo bello. Y es que para el hombre vivir es razonar; es que la razón sirve para todos los tiempos.....

La exageración en el uso del filosofismo produce también, á juicio del orador, el grave defecto de penetrar más de lo legítimo y razonable en el sentido ó significación de la idea y en la intención del autor al darle vida y desenvolvimiento. La lógica y la buena fe exigen no dar á las creaciones del ingenio otra interpretación que la que natural y claramente resulta de su expresión. «Hostiles á toda crítica aventurera, decía el señor Milégo, estamos lejos de pensar que las obras del genio sean meramente un producto histórico; pero no menos distantes nos hallamos de los críticos que todo lo refieren al capricho y á la arbitrariedad del autor. En las creaciones del espíritu tiene siempre indisputable valor el elemento histórico; pero no hay que prescindir de la parte de libertad individual sin la que el arte fuera de todo punto inconcebible.»

Arduo, y por ello muy digno de la crítica, es el fijar los límites y señales que separan con toda distinción las ideas y sentimientos comunes á la humanidad en todas las épocas, de aquellos que sólo son propios de una edad ó de un momento de la historia ó de los que retratan la conciencia individual de los artistas.

Importa mucho al crítico, dijo, no olvidar que la Literatura es el espejo más fiel de la civilización; que en ella se retrata de la manera más viva cuanto en la sociedad se ama, cuanto se piensa, cuanto se aborrece; sin que haya una idea, sin que haya un sentimiento que no aparezca en ella envuelto en las más bellas formas que conciba el genio. La Literatura es la atmósfera en que se mueven y de que se alimentan todos los actos exteriores de la inteligencia y de la razón. Así la vemos perfeccionarse ó corromperse, ampliarse ó restringirse, convertirse en órgano ó vehículo de

los sentimientos más nobles y de los pensamientos más elevados ó en intérprete de vicios y de sofismas, á medida que los pueblos suben ó bajan en la escala de la moralidad, de la cultura, de la riqueza y del buen gobierno. Viciada ú oscurecida por elementos impuros, comunica necesariamente su impureza á todo lo que participa de su acción ó recibe sus impulsos.

Pero el crítico necesita también tener presentes las cualidades y caracteres del instrumento ó medio de expresión, mediante el cual realiza en forma sensible sus concepciones el genio creador del artista; avalorando las bellezas de la palabra y del lenguaje, juntamente con los elementos intrínsecos de las obras. Que no es el habla cosa tan trivial y baladí que no merezca fijar nuestra atención. «Dante creando una lengua literaria, común á todos los Estados Italianos, hizo nacer en las almas la constante aspiración á la unidad política de Italia felizmente realizada, en nuestros días, merced á los esfuerzos de la casa de Saboya.» En Italia la literatura es la misma en todas las provincias porque la lengua literaria es la misma en todas ellas; y Tasso no es una gloria del reino de Nápoles, sino de toda Italia; y Dante y Maquiavelli son italianos antes de ser Florentinos. En cambio en la península Ibérica una lengua algo diversa de la que hablamos y un gran monumento escrito en esa lengua, son el mayor obstáculo á la unión de todas sus partes. Como ha escrito un docto contemporáneo, «Camoens se levanta entre Portugal y España cual firme muro más difícil de derribar que todas las plazas fuertes y los castillos todos.» Es que Camoens, escribiendo *Os Lusíadas* magnificó el lenguaje y santificó el signo característico de independencia de la nación portuguesa. Y en Portugal se levanta y crece y se desarrolla y se aparta cada vez más de la nuestra una literatura nacional propia y exclusiva de aquel pueblo.

«Y es tan cierto que el habla es sello de nacionalidad, decía el orador, que para explicar el olvido del común origen ha tenido que apelarse á la confusión de las lenguas. Hablando los hombres idiomas diferentes pudieron dispersarse y dispersos olvidar que eran hermanos. ¡Es que así como el olvido del habla hace olvidar la fraternidad, así la comunión del habla la conserva y hasta la crea!...»

El Sr. Milégo, terminó su conferencia afirmando que para el crítico de juicio verdaderamente recto é ilustrado, no menos que de delicado

sentido, el análisis de bellas producciones es un manantial de puros goces, porque su contemplación profundiza más íntimamente en la obra que la de la generalidad de los hombres, que juzgan dejándose arrastrar de impresiones del momento, y cuando no se ha podido discernir si la joya artística deslumbraba ó no con falso brillo.

HISTORIA

DEL DESCUBRIMIENTO DEL MOVIMIENTO DE ROTACION DE LA TIERRA.

Uno de los fenómenos cuya explicación es fácil y corriente en los tiempos modernos, y que pasa y se trasmite sin escrúpulo ni óbice, por todos los que están más ó menos iniciados en el estudio de las ciencias, es á no dudar el movimiento de rotación del planeta que habitamos: explicación que, si en la actualidad no ofrece dificultad, ha sido objeto del estudio de eminentes pensadores, lumbreras de la civilización de la humanidad, que han luchado con heroica constancia á fin de poder separar las complicadas apariencias, que se presentaban á sus escrutadoras miradas por los inmensos ámbitos del magnífico firmamento, de la realidad de los hechos.

El estudio de este importante fenómeno presenta, como otros muchos naturales una incontestable prueba de la pequeñez del entendimiento humano, cuando se acerca á examinar las obras del Omnipotente, á fin de descubrir y deslindar las relaciones y conexión que puedan tener entre sí y llegar por último al conocimiento de su manera de existir y de las causas que la sostienen: así se puede contemplar al hombre ora divagando en medio de las creaciones de su fantasía, ora retrocediendo deslumbrado al tocar la verdadera explicación del fenómeno: fijarse en los resultados de las apariencias para abandonarlos por las ilusiones, y por fin dirigirse constantemente al objeto, prescindiendo de todos los obstáculos, aun de las más seductoras aunque no exactas teorías, para ponerse en el verdadero camino del descubrimiento de la verdad. Los trabajos hechos para llegar á este descubrimiento van á ser objeto de nuestra reseña histórica, al tratar de llamar la atención sobre algunas explicaciones y asertos infundados que se admiten con demasiada facilidad por falta de la debida meditación; daremos también idea del modo que podamos, por carecer de los grabados necesarios, de los nuevos aparatos para los experimentos de que hoy dispone la ciencia á fin de demostrar el movimiento de rotación de la Tierra.

Heráclides del Ponto, Eufanto el Pitagórico, Filolao de Crotona y Nicetas de Siracusa han creído que el movimiento diurno de la esfera estrellada se podía considerar como una simple apariencia dependiente del movimiento de rotación de la Tierra sobre su centro.

La opinión contraria á la de los Pitagóricos parece seguir Platon cuando en su *Timeo* dice: *alrededor de la Tierra que está en el centro del mundo se mueven el Sol, la Luna etc.*, cuya opinión robustece cuando añade que *esta Tierra que nos alimenta está suspendida por el polo.*

Aristóteles admite que los planetas y las estrellas no giran alrededor de la Tierra sino los cielos de cristal que los llevan y en que se hallan fijos. Según Aristóteles cada planeta tiene su esfera particular y también el Sol y la Luna.

Suidas, decía que los Babilonios cocían los huevos haciéndolos girar rápidamente en una honda. Y siendo el movimiento de rotación de la Tierra más rápido que el de una honda, algunos autores habían sacado la consecuencia de que la Tierra no giraba, porque si la Tierra girase, decían, cada punto se calentaría, por frotamiento con la atmósfera como los huevos del experimento de los Babilonios. Pero, como la atmósfera gira con la Tierra, la objeción no tiene ningún valor, razón por la que no merece llamar la atención.

También ocupó á Séneca el gran problema de la rotación de la Tierra y hé aquí como se expresa:

«Importa el examinar si la Tierra está fija en el centro del mundo, ó si, estando el cielo inmóvil, «gira la Tierra sobre sí misma. Hay autores que han «dicho que la Tierra nos lleva sin que lo advirtamos, «y que nuestro movimiento es el que produce las sa- «lidas y posturas de los astros. Objeto digno de nues- «tra contemplación es el saber, si tenemos una mora- «da quieta, ó si por el contrario se halla animada de «una excesiva velocidad; si Dios hace girar todo en «nuestro derredor, ó si nos hace girar sobre nosotros «mismos.» Séneca, como se vé, nada decide.

Una opinión muy generalmente admitida hace al autor del *Almagesto* partidario decidido de las esferas de cristal de Aristóteles, pero es errónea; porque Tolomeo no se decide sobre este punto en su grande obra; siendo para él las órbitas y los epiciclos simples líneas á las que no concede ninguna existencia material.

Purbach, astrónomo del siglo XV, resucitó las esferas de cristal de Aristóteles; y aun fué más adelante porque en lugar de suponer cada planeta unido á su propia esfera de cristal, imaginó que cada cual se movía entre dos esferas concéntricas como entre dos muros, á fin, decía, de que no se escaparan de sus órbitas.

No hay para qué detenerse á destruir tal armazón: si los cometas observados per Tycho han destruido por completo los cielos de cristal de Aristóteles, ¿qué dejarían los de Purbach?

Después de haber abandonado el sistema de las esferas de cristal y de los epiciclos, Bacon decía: *Nada hay más falso que semejantes partos de la imaginación, á no ser el movimiento de rotación de la Tierra que es, si cabe, más falso.*

Al hablar de la extraña consecuencia sacada por el ilustre Canciller, autor del *novum organum*, dice Mr. Arago, no puede uno menos de recordar las palabras de un predicador poco ortodoxo en su vida privada que decía en el púlpito: «hermanos míos, haced lo que os digo y no lo que yo hago.»

La Galla, uno de los enemigos de Galileo, adversario de los más decididos del sistema de Copérnico, aducía contra este sistema el siguiente singular razonamiento: «Dios está en el cielo y no en la Tierra, luego puede mover el cielo y no la Tierra.»

A todas las personas más ó ménos iniciadas en los conocimientos geográficos y astronómicos es suficientemente conocido el sistema del célebre astrónomo de Thorn, Copérnico, fundado principalmente en el gran principio de la movilidad de la Tierra alrededor del Sol y dado á conocer en su excelente obra titulada *De revolutionibus orbium caelestium*, impresa en Nuremberg en 1543. Este sistema fué enseñado y sostenido por Galileo en las brillantes lecciones que dió en la Universidad de Pádua; las que promovieron una acalorada polémica por parte de los peripatéticos, partidarios del sistema de Tolomeo y, lo que fué peor para aquel ilustre Profesor, también por parte de los teólogos que creían que la doctrina del canónigo de Thorn era contraria á las Santas Escrituras.

Los adversarios de Galileo enteramente ignorantes de las teorías astronómicas y de los resultados de la observación, no cesaban de repetir el famoso *terra in aeternum stat* y el pasaje de Josué, llevados de un ardiente fervor religioso, es verdad; pero resolvían el problema sin apreciar más que la parte expositiva y sin estudiar la parte científica. De la falta que tenían del completo conocimiento de la cuestión, tan recomendado en las reglas del buen discurrir, no pudo ménos de resultar su oposición al nuevo sistema que, si no hubiere sido apasionada y si no hubieran cerrado enteramente los oídos á toda defensa y á toda reflexión, siempre hubiera sido y sería admisible, ó al ménos disculpable.

En contestación á sus enemigos escribió Galileo en 1615 una carta á la gran Duquesa Cristina de Toscana, en la cual, tomando la cuestión bajo el punto de vista teológico, trató de probar que la Biblia había sido mal interpretada hasta entonces. Tal propósito en un sábio que no pertenecía á ninguna de las órdenes religiosas fué considerado como la impiedad más grande y como el atentado más peligroso á las prerrogativas de la Iglesia.

En el mismo año de 1615 el Carmelita napolitano Foscarini publicó una disertación en que trató de conciliar el sentido literal de los pasajes de la Sagrada Escritura con el sistema de Copérnico, llamando la atención sobre la circunstancia muy atendible de que la Biblia y el Génesis no son libros de ciencia, y que para que fuesen comprendidos era necesario que estuviesen conformes en la apariencia con las ideas y preocupaciones de la multitud. Entre tanto los peripatéticos formaban una tempestad que de día en día se hacía más amenazadora contra Galileo, el cual resolvió ir á la Ciudad Eterna para confundir á sus enemigos. Encontró allí prevenciones mucho más fuertes que las que él había pensado: los monjes, sus antagonistas, habían circunvalado á todos los Cardenales y las sabias y brillantes demostraciones de Galileo no dieron más resultado que un decreto del Santo Oficio por el cual fueron censuradas y prohibidas las obras de Copérnico y del carmelita Foscarini, y Galileo se libró de una censura explícita, porque las pruebas que dió del doble movimiento de la Tierra no estaban publicadas. Así fué que cuando en 1632 dió á luz en Florencia su célebre obra titulada *Los Diálogos*, en la cual defiende por conside-

raciones astronómicas de la mayor importancia el doble movimiento de traslación de la Tierra alrededor del Sol y de rotación diurna de la Tierra sobre su eje; fué Galileo denunciado en Roma. Entonces á la edad de setenta años, sin consideración al estado precario de su salud, ni á una enfermedad contagiosa que había hecho establecer un cordón sanitario en las fronteras de la Toscana, fué obligado á comparecer en 1637 en la capital del Mundo Cristiano. En 22 de Junio de aquel año dictaron los inquisidores su sentencia que imponía al autor de *Los Diálogos* la pena de detención en las prisiones del Santo Oficio, según los buenos deseos del papa Urbano VIII que entonces regía la Iglesia. Dictóse al ilustre astrónomo una fórmula de abjuración, que se le obligó á decir de rodillas, la que estaba concebida en los siguientes términos, según Delembre en su *Historia de la Astronomía moderna*, tomo I, pág. 662, el cual se refiere á *el Almagesto de Riccioli*, jesuita y adversario del sistema de Copérnico, Cap. 40, Lib. 9, pág. 495.

DELGADO Y VARGAS.

(Se continuará.)

EL DUELO,

ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES.

Esta bárbara preocupación, tuvo su origen con el odio, la cólera y la venganza, plagas que desgraciadamente afligen y combaten á la sociedad desde la aparición de los primeros espíritus sobre la tierra: pero como el origen legendario de todos los hechos se pierde en la oscuridad de los tiempos, atribúyese por algunos ser los Scandinavos los primeros que lo usaron para derimir sus contiendas y ambiciones, y otros lo achacan á los Longobardos establecidos en Italia; extendiéndose luego su uso por Alemania y Francia, comunicándose á nuestra patria después, á través de las nevadas cumbres de los Pirineos.

Empezó el duelo para decidir el éxito de una batalla, por medio de un combate particular entre dos combatientes enemigos, como lo demuestra la Historia Sagrada en el combate de David con el gigante Goliath, en Italia el de los Horacios con los Curiacios y en nuestra España el de Scipion Emiliano con un valiente y desgraciado Celtibero.

En tiempos más modernos con relación á los anteriores, se autorizaban los duelos por los mismos Reyes, que otorgaban su permiso, según era la ofensa y mediante ciertas penas y condiciones. Concedíanse siempre, cuando en una causa grave cualquiera no se comprobaba el delito, en las acusaciones de traición ó delitos de lesa Majestad, para tomar satisfacción de una ofensa que no podía repararse sino con sangre, y otras veces también para mayor gloria de las armas, saliendo los caballeros más valientes á desafiar en país enemigo á los más renombrados de él.

De este modo fué extendiéndose el duelo cada vez más, llegando á considerarse como un juicio en el

cual intervenia la justicia de Dios, favoreciendo al inocente en contra del malvado; registrando la historia entre infinitos que enumerar, el sostenido por el Conde de Barcelona D. Berenguer III contra los acusadores de una Emperatriz alemana acusada de adulterio y declarada inocente por vencer D. Berenguer; el de dos caballeros catalanes que se brindaron en el Concilio XV Vienense á justificar por ese medio la memoria de Bonifacio VIII, el del Cid con Ximen Garcés, el de los Condes de Carrion con los soldados del Cid, el que se verificó en Toledo para el establecimiento del oficio Romano en lugar del Muzárabe, en el que, quedando vencido el que peleaba por D. Alfonso, éste por instigaciones de su mujer Doña Constanza, remitió la prueba al fuego; prueba que de nada sirvió porque á pesar de consumirse el romano, no quiso ceder el Rey y este tuvo la preferencia; dando este hecho lugar al conocido refran: «*Quo volunt Reges, vadunt leges.*» «Van leyes, do quieren Reyes;» y últimamente podemos citar el verificado en Valladolid á presencia de Carlos I, entre D. Pedro de Torrellas y D. Gerónimo de Ansa.

Los jurisconsultos de los siglos XII y XIII en lugar de levantar su voz contra el duelo dieron reglas para él, y en el siglo XV se establecieron las *empresas*, las *requetas* y los *pasos*; debiéndose tal vez en gran parte el desarrollo del desafío á la antigua costumbre de las justas y torneos; pues terminados aquéllos, los distintos bandos se tomaban unos con otros la justicia por su mano; y todas estas preocupaciones pasando de unas á otras edades han alcanzado todavía, para desgracia de las presentes generaciones, al siglo llamado de las luces, si bien muy modificadas y no repetidas con tanta frecuencia.

Hubo época, digámoslo así, en que el duelo llegó á ser una verdadera manía, dándose casos de desafiar-se las mujeres, y los clérigos y monjes; y hasta la religion fué partícipe de aquella costumbre, pues en las iglesias se preparaban los combatientes pasando al pié de los altares noches enteras entregados á la oracion y recibiendo los sacramentos, sin duda, ¡oh extravío! para ser favorecidos en el crimen ó morir en gracia de Dios.

A pesar de todo; estas bárbaras costumbres tantos siglos arraigadas, han sido condenadas por los Santos Padres, los Concilios, y por medio de pragmáticas expedidas por los reyes.

En el siglo IX, en el Concilio de Valence, se dispuso que el que matare á otro en duelo fuese considerado homicida, y al muerto se le privase de oraciones y sepultura, á pesar de las obras de misericordia. No por éste y otros muchos cánones se adelantó gran cosa, no quedando otro remedio para disminuir sus funestos resultados que tolerar que los hombres se matasen en señalados días de la semana, descansando, segun el Concilio de Elna «*desde la hora de nona del sábado hasta el lunes á la prima,*» y segun otro en el siglo XI, desde «*el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana.*» Llamóse á este plazo *Tregua de Dios* por estar estos dias santificados por la *Cena de Jesucristo, su Pasión, su Muerte y su Resurreccion*; y porque creían que Él apro-

baba este proceder toda vez que se notó que los *Neustrianos* que no quisieron sujetarse á esta determinacion padecian una enfermedad, por cierto muy rara, llamada *Fuego de San Anton*, que decian era un fuego que devoraba el *corazon y las entrañas*.

El fuero viejo de Castilla, las leyes de Partida, los concilios de Toledo en 1473 y el Tridentino; los decretos papales de Julio II, Leon X, Clemente VII, Julio III, Gregorio XIII y Clemente VIII; las constituciones de Benedicto XIII y Benedicto XIV, los Reyes Católicos en la ley X del título 8.º del libro 8.º de la Recopilacion, las Reales pragmáticas de 1716 y 1723 expedidas por D. Felipe V; confirmacion de éstas en 1757 por D. Fernando VI, y corroboracion de las mismas en 1768 por Carlos III, y últimamente nuestros códigos civil y militar condenan fuertemente y castigan el duelo, imponiendo graves penas á los combatientes, y hasta á los padrinos y testigos; pero el duelo sigue causando sus víctimas porque la moderna civilizacion todavía padece preocupaciones y no ha podido suprimirle á pesar de su progreso.

¿Qué es pues el duelo? Una preocupacion que sólo se desvanece con sangre, que continuamente resiste á los gritos incesantes de la humanidad que clama contra tan salvaje costumbre, y para la que hasta hoy han sido inútiles los esfuerzos de los filósofos, y las leyes escritas por los legisladores de todos los tiempos. Es el acto más irracional de los que ejecuta el ser *racional* llamado hombre por satisfacer tal vez los caprichos de su vanidad y orgullo, ó por adquirir un nombre, ¡triste en verdad!, porque queda escrito con la sangre de la víctima, de cuya vida es sólo dueño y señor Dios Omnipotente, único que puede quitarla porque Él es el que la da. ¿Y siendo así qué viene á ser esa lucha siempre desigual entre dos séres, en que la destreza nunca es la misma ni la mejor suerte la razon? Un doble crimen, que sume en llanto una familia y entrega á otra al dolor consiguiente, al remordimiento eterno, hijo del crimen. ¿Qué son los contendientes? El que sucumbe, un suicida, porque voluntariamente se presta al sacrificio, el matador un asesino, un homicida, pues acepta el crimen que puede cometer y sin embargo repugna á su conciencia. ¿Y los testigos, qué papel desempeñan esos hombres que impávidos asisten á presenciar cómo muere otro lleno de vida? El de cómplices del delito de homicidio é instigadores del de suicidio; éstos, indudablemente á los ojos del Creador son tan delincuentes como los primeros, y cuando para ellos suene la hora de las reparaciones, tendrán que rendir estrecha cuenta de su criminal proceder.

¡Increíble parece que la sociedad en su rápido progreso no haya podido conseguir todavía la completa desaparicion del desafío! Mentira parece, que nuestra cultura moral en el último tercio del siglo XIX esté tan atrasada que consienta aún ese *quita-manchas* del honor, tan ridículo hoy, como los combates del tiempo del feudalismo llamados *Juicios de Dios*, y en que el caballero á caballo y perfectamente armado, decidia de las quejas de sus siervos, batiéndose con uno cualquiera de ellos ó con el agraviado, que comparecia casi desnudo, á pié y con un palo por todas armas. ¡*Juicios de*

Dios! blasfemia horrible! sobre la que no quiero discurrir por temor de ofender con mi propia defensa al Divino Hacedor.

El duelo no tiene jamás justificación, no hay motivos suficientes nunca para que los hombres apelen á ese extremo de barbarie. Suelen alegarse por costumbre más que en verdad para encubrir el crimen que con él se comete, las consabidas frases de—*me bato porque así lo exige mi honor lastimado,—con la afrenta que sobre mí pesa uno de entrambos no cabe sobre la tierra ó —qué dirá la sociedad, el mundo, si no vuelvo por mi honra mancillada.*—¡Oh orgullo mundano! Os escudais con el honor, como si el verdadero honor no estuviese muy por encima de las vanidades terrenas. Eso que así se entiende por honor, es sólo falso oropel mentido y ficticio honor: el verdadero honor consiste en confesar nuestro pecado si la razón no nos asiste, en saber perdonar si está de nuestra parte, en despreciar las injurias, que más dañan al que las profiere que al que van dirigidas, y por último en saber repudiar todo aquello que la *ley natural* hace odioso, ó que repele á nuestra conciencia, destello puro del Sapientísimo Arquitecto del Universo.

Todavía más; qué adelantamos con matar ó hacernos matar? ¿se ha lavado por ese medio la ofensa? No; porque si morís en la contienda, por ese sólo acto ¿habreis recuperado vuestra reputación, probidad, integridad y limpio nombre, vuestro espíritu y juicio? Repito que no, porque no se adquiere muriendo lo que no hemos sabido conquistar con talento y virtud. Y si para mayor desgracia vuestra sobrevivís al lance, decidme: ¿qué resultados positivos habreis adquirido en favor de vuestro honor? Un remordimiento continuo, un fantasma sangriento, que os perseguirá despiertos y dormidos hasta que exhaleis vuestro último suspiro, el cual dando libertad al espíritu aprisionado, le conduce con su soplo á los piés del Magistrado más justo é inflexible, que igual para todos, os ha de juzgar en su inquebrantable balanza, sin empuñar airado con su diestra la tajante espada, con que exornamos en este misero planeta al emblema de la *Justicia*.

Es costumbre preguntar en los casos de duelo ¿quién es ella? y en verdad que no pocas veces tiene la desgracia de figurar el bello sexo en estas contiendas, como si una mujer (y perdonadme porque os amo) valiese más que la preciada existencia del más misero mortal. Y despues de todo, muerto ya, si os amaba de veras ¿qué podreis entregarla? ¿qué hacer en su obsequio si sólo sois podredumbre? y si no os amaba, ¿qué consuelo llevareis á la Eternidad? Lástima en un principio, compasión despues y luego su olvido en los brazos de vuestro rival. Si sois vencedores y no os amaba ¿qué podeis ofrecerla con una mano teñida con la sangre del contrario? Un crimen, que obtiene por recompensa odio, desprecio y maldición; y si os amaba ¿qué goces esperais al poseer un corazón que en cada latido ha de traer os á la memoria un amargo recuerdo, tristeza, aflicción y luego..... la muerte. Si es la pérdida de la pureza en ella la que defendeis ¿qué conseguís al matar ó morir por quien no tuvo suficiente firmeza para saberla guardar? A qué exponer la vida que

no os pertenece existiendo Tribunales de justicia para los casos de infamia ó de violencia?

No apeleis al honor jamás para defenderos de vuestros desatinos; ¿qué es el honor? El honor es un sentimiento puro del alma que encierra en sí todos los caracteres de la justicia moral porque lo forman, á no dudar, todas las virtudes reunidas que posee el individuo. Y si el honor reconoce por principio la justicia es racional creer que no pueden existir el uno sin la otra; y de aquí que sea necesario para probar el honor que la acción que de él resulta, sea buena, justa, meritoria y engrandecida por el grado de virtud que con él adquiere la conciencia.

Todo género de conducta que no aporte en sí el sello de lo expuesto no probará jamás nada en favor del honor. Es así que el duelo, disfrácese como se quiera, es un crimen, luego el honor *verdadero* no puede conducir á él, luego el duelo no da honor, ni éste se pierde por rehusar aquél; y si por no admitir un lance creéis que el hombre, sea la que fuere su profesión, es digno del desprecio de los demás os recordaré las frases del filósofo: «¿Qué es preferible, el desprecio de los hombres por obrar bien, ó la propia desestimación para obrar mal?» porque el que verdaderamente sabe estimarse desprecia toda calumnia injusta; porque lo bueno, lo bello, lo digno, lo honesto, siempre ha de ser juzgado meritoriamente por Aquél que en el Sinai dijo: «*Ama á tu Dios y á tus semejantes.*» ¿Qué importa el juicio de los hombres, ante el respeto, el amor, que debemos á Dios? Y además; ¿porque todo el mundo os apruebe una acción mala, creéis que por eso ha de convertirse en buena?

Hombres célebres tenidos por valientes han sufrido el insulto y rehusado el batirse, sin que por eso la historia considere manchada su honra. Temístodes amenazado por el baston de Euribiades le dice: «*Pega pero escucha,*» contestación que dió por resultado la salvación de la Grecia en el estrecho de Salamina: el valiente Agripa sufrió con paciencia que Marco, hijo de Ciceron, en un banquete le arrojase un vaso á la cabeza; Adriano, Julio César, Augusto y Licurgo en la historia profana nos presentan claros ejemplos de desprecio á los insultos é injurias.

Antonio al rendirse á Augusto le desafía y éste se niega á admitir diciéndole «*que otros medios y modos de morir tenía sin recurrir al que le propone;*» de Carlos, Rey de Suecia, envía cartel de desafío á Cristiano, Rey de Dinamarca, y éste le respondió: «*el desafío que me intimais es prueba de que necesitais de élboro para despejar el cerebro.*»

Y ya que tenemos esos ejemplos dignos de alabanza en tan grandes y célebres hombres, ¿por qué no hemos de imitarles? por qué nuestro desmedido orgullo oponiéndose siempre á la más sana moral?

La moral ó razón práctica, está grabada en la conciencia, escrita en el corazón de los hombres y en esencia la misma es hoy que en los siglos de Moisés, Aristóteles ó Descartes; apareció con el Creador y como él vivirá eternamente. La moral siempre existió igual, y conocida por los hombres no se practica porque somos tan pequeños como frágiles, y aún anidan entre nosotros el egoísmo y el orgullo.

Llegado el día en que la sociedad haya progresado lo suficiente en su moral, sin duda alguna que el duelo pasará á la mansion del olvido, y los hombres lavarán sus afrentas con el desprecio, con el perdón, ó con el auxilio de la ley hoy impotente para contener sus errores.

Afortunadamente los casos de duelo disminuyen sensiblemente conforme la sociedad va progresando en sus costumbres y es probable que muy pronto se diluyen las ofensas recibidas ante un jurado de honor, que con completa independencia sabrá dar ante el mundo la razón al que la tenga y castigar al imprudente ó temerario, si no físicamente, siquiera ante los demás hombres que enterados de su proceder le rechazarán, si á ello es acreedor, ó procurarán enmendarle con sanos consejos.

Lo que hasta ahora no pudieron impedir los Concilios, ni los Papas, ni los Reyes con sus pragmáticas, ni los Jueces con la ley, morirá indudablemente abrasado por la bienhechora y benéfica luz que por doquier esparce el progreso moral é intelectual que nadie puede detener en su majestuosa senda.

Hoy empieza á ponerse en práctica la costumbre civilizadora de los *jurados de honor* y cuando el tiempo con su veloz carrera se encargue de enseñar á los hombres cuáles son los verdaderos caminos que conducen al verdadero honor, á la justicia y la virtud, entónces vendrá la paz y todos seremos hermanos, porque sólo reinará entre nosotros *el amor y la caridad*.

E. SOLÁS.

DOÑA BLANCA DE BORBON.

Á MI MUJER.

¡Toledo está dormida! La brisa embalsamada
Esparece por do quiera su aliento embriagador;
Mezclando á los suspiros del alma enamorada
El canto cadencioso del pobre trovador.

Uniendo en ráudos giros aromas de las flores,
Perfumes de la selva que empieza á renacer,
La trova que modulan los pardos ruiseñores,
El ¡ay! del sufrimiento, la risa del placer:

Las varias armonías que brotan del follaje,
La queja del arroyo que por el llano vá;
El eco de los besos que oculta en el ramaje
El ave cariñosa á sus hijuelos dá.

¡Toledo está dormida! La luna desde el cielo
Envuelta en blancas gasas de misterioso tul,
Extiende por el mundo sus rayos de consuelo
Que animan con su lumbre la inmensidad azul.

Parece una Sultana tendida en el espacio;
El hada que ha debido regir la creación;
Las nubes agrupadas componen su palacio;
Su séquito es de estrellas, su imperio la extensión.

Enhiesto en una altura, temible centinela,
Elévase el alcázar en densa oscuridad,
Gigante de granito que por Toledo vela
Y á cuyos piés rendida descansa la ciudad.

Coronan su alta frente las nubes de oro y grana
Sus plantas lame el Tajo que riega su pensil;

Las brumas que disipa la luz de la mañana
Le envuelven en un velo fantástico y sutil.

El águila á la aurora saludale atrevida
Y encima de sus torres de frente mira al sol;
Y el astro que en sus rayos derrama luz y vida,
Le baña en su brillante magnífico arrebol.

¡Toledo está dormida! Arrullan sus ensueños
El río con sus ondas, la luna con su luz,
El aura con sus leves cantares halagüeños,
La noche que amorosa la envuelve en su capuz.

De pronto á lo lejos, allá en una altura
Aérea figura
Asoma temblando su pálida faz;
Recorre al alcázar sus altas almenas
Y dice sus penas
Con lánguidos ecos de intenso pesar.

Parece un quejido su flébil acento;
Resuena, y el viento
Detiene al oírle su curso veloz;
Parece el arrullo lejano, distante,
De tórtola amante
Que llora la ausencia de su único amor.

Del aura que pasa parece el gemido;
Parece el sonido,
Que vibra en el aire, de tierno laúd;
Parece de un ave que muere en la umbría
El ¡ay! de agonía;
La nota postrera que exhala el *bulbul*.

Lamenta la hermosa su negra fortuna;
Un rayo de luna
Su frente ilumina con vago fulgor;
Y flotan tendidos sus rubios cabellos,
Y juega con ellos
El céfiro blando que gira en redor.

Detiéndose un punto la pálida niña;
La vasta campiña
Recorren sus ojos, la vega, el pensil;
Y luego elevando su vista hácia el cielo,
Sin nubes, sin velo,
Prosigue cantando sus cuitas así:

— Como premio al amor que en mi alma anida,
Como premio á mi fé que guardo entera,
Mi rey, mi esposo, mi señor, mi vida,
Me retiene en su alcázar prisionera.

¿Qué le hice yo para que en mí se ensañe?
¿Por qué no he de tener en mí quebranto
Un alma que amorosa me acompañe
Y recoja el rocío de mi llanto?

¡Siempre sola! ¡Ay de mí, que sin consuelo
Recorro mi camino de dolores
Sin una luz que alumbre desde el cielo
Mi oscuro porvenir con sus fulgores!....

Quando desplega su capuz sombrío
La noche, y borda la extensión de estrellas,
Y el suspirar monótono del río
Se une en el aire al son de mis quereñas;

Las tinieblas que envuelven el palacio
Aumentan mi dolor y mi tormento:
¿Hay alguien que se queja en el espacio?
¿Hay almas que suspiran en el viento!

¡Yo las oigo gemir! Sobre mi frente
Dejan un beso y siguen su camino;
Murmuran no sé qué confusamente
Y giran en revuelto remolino.

Y cuando el alba el horizonte pinta
Y la luna en el cielo palidece,
Y por los campos desplegada cinta
El río entre los álamos parece;

Lágrimas hay en mi flotante manto,
Húmeda está mi blanca vestidura.....
¿Quién ha vertido sobre mí su llanto
En las tinieblas de la noche oscura?

¿Es la sombra de aquella que en la cuna
Con sus dulces cantares me dormía
Y coronas de rey á la fortuna
Para ponerlas en mi sien pedía?

De aquella que en su seno me abrigaba
Y al extasiarse en mi infantil belleza
Para su Blanca de Borbon soñaba
Un porvenir de gloria y de grandeza?

¡Madre del alma! Si tras ese velo
Donde la luz del Infinito brilla
Presa me viste de amoroso anhelo
Ostentar la corona de Castilla;

Y hoy me ves por mi esposo abandonada
En una tierra ingrata y extranjera,
Y en esta fortaleza aprisionada
Como culpable que el castigo espera;

Dí al Dios fuerte que mira con el rayo
Y habla á los hombres con la voz del trueno,
Que si en la cruz del Gólgota un desmayo
Vino á abatir su espíritu sereno;

Hija del polvo, y como polvo hechura,
De Aquél que mundos á sus piés apila,
En esta prueba trabajosa y dura,
Mi alma también, á su pesar, vacila.....—

Calló; y en silencio llorando su pena
Al pié de una almena
Perdido el sentido la pobre quedó;
Ni un ruido el profundo silencio turbaba;
Y todo callaba
Del alto y sombrío palacio en redor.

De pronto hendiendo el aire fantástico y ligero
En mar de resplandores se vió un ángel flotar;
Atravesó el espacio, divino mensajero,
Y vino junto á Blanca su vuelo á reposar.

Tendió sobre ella luégo sus alas placenteras
Y en su serena frente un ósculo imprimió.....
Y un himno de armonía brotaron las esferas
Que en mágicos raudales el eco repitió.....

¡Toledo en tanto duerme! Arrullan sus ensueños
El río con sus ondas, la luna con su luz,
El aura con sus leves cantares halagüeños,
La noche que amorosa la envuelve en su capuz.

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

¡COSAS DEL SUEÑO!

.....Envolviame la noche en sus misterios, apoderábase de mis sentidos dulce langidez, y cediendo al influjo soporífero de Morfeo entré de lleno en sus dominios y soñé.

Y descendí al fondo de los mares, y me hallé con una línea divisoria de las aguas, cuya línea formaba un camino capaz de transitar por él infinidad de seres. Y seguí aquel camino que conducía á una gruta formada por las aguas, y agua eran sus paredes, y agua también los arcos preciosísimos que la adornaban. Y en aquella habitacion lucía algo, y aquel algo era un animal de magnitud prodigiosa cuyos ojos alumbraban como dos soles: parecía el Rey de aquellas soledades pintorescas. Y yo le ví y sin embargo seguí porque no me daba cuenta de lo que aquello era; y avancé, avancé hasta la gruta que á mi contacto se deshizo. Y precipitándose las aguas, perdieron su equilibrio y el camino desapareció envolviéndome en las olas que con bravura me empujaron y caí, caí y permaneci largo tiempo cayendo. Muchas leguas formaron mi camino, y andadas ya, me vi en una campiña hermosa. Vegetacion natural habia en ella y atmósfera de más de tres leguas; luz que prestaba un foco cuyo nacimiento no se podia adivinar, y sin embargo alumbraba como la del sol. Y todas las cosas de la tierra allí se hallaban: oro, plata, el diamante, el azabache, todas las piedras, y el coral, y la perla libre. Y el volcan también lo ví, y superior á cuantos hay en la tierra. Por su cráter arrojaba inmensas columnas de agua hirviendo que al caer formaban un río y se precipitaban en el nivel del mar que estaba cerca; y despues por un capricho de la naturaleza aquellas aguas que al mar iban, volvian á elevarse en columnas parecidas á las que del volcan salian, y horrendo estruendo producian al caer otra vez en el mar. Y yo estaba rendido, y me dormí, y volví á soñar. Y en este sueño de mi sueño, bella como serena alborada, ví una mujer que al confundirme en el rayo de su mirada levantada y viva, robó mi calma.

—«No cause mi presencia tu recelo, dijo con suave y argentina voz que los ecos repitieron blandamente. Soy un ave pasajera que marcha á las regiones del sol: soy arroyo que camina hácia el mar de su esperanza: y aguja que busca su polo, y brisa fresca y sutil, y volcan de hirviente lava, porque mi alma no se comprende. Formada para amar á todo y á pesar de todo, el fuego que la circunde mata á quien en él envuelve. Mi alma necesita otra alma que á la mia comprenda: busco y busco y no encuentro. Por qué ésto? ¿Es que no la hay igual? Si, si existe, mi afán la siente, mi pensamiento la dibuja. Va envuelta en la graciosa forma de un mancebo, hermoso como Absalom, sabio como el hijo de Betsabé y apasionado como sus cantares. Si le ves, dile que mi martirio no se comprende. Dile que el tormento que sufro no es tormento, porque si tormento fuese, yo le venceria, yo le resistiria haciéndome superior al tormento que me atormentase. Dile que mi garganta seca necesita refrescarse en la suya. Dile que cual vampiro necesito beber en sus

venas para que su sangre corra por las mias. Dile que siendo los dos uno podré vivir. Dile que no tengo corazon porque palpita en el suyo. Dile en fin, que muero y necesito vivir para vivir para él.....»

Calló un momento, y no bien aquel acorde de su boca cuyas vibraciones se perdian lentas en el espacio se habia extinguido, cuando su voz, sentida como una plegaria, se oyó de nuevo.

—«Una tarde que al contemplar el abanico de luz desplegado en el Ocaso por los últimos resplandores del astro-Rey meciase mi alma en el recuerdo del único pensamiento que acaricia, vivo relámpago cruzó en idea por mi mente grabando en ella el pesar de mis horas de demencia. Aturdida por aquel mudo reproche é inquieta por conocer la justicia ó falsedad de su acusacion, reflexioné, pedí, lloré confesándome impotente en mis reflexiones porque el más profundo caos creó mi imaginacion. Nubes negras se amontonaron atropellándose las unas á las otras. No tenia vista, no sabia apreciar lo que ante mi tenia; el soplo quemado hacia pasar torbellinos de humo negro delante de mi mente, y aquel humo, aquel aire que quemaba me confundian, borran mis ideas, me sofocaban embotando mis sentidos. Mas pedí luz y pedí con fé. Pedí como pide una tabla de que asirse el náufrago que envuelve su cuerpo la ola sumergiéndole, levantándole y volviéndole á sumergir, y la luz vino. Tuve las ideas claras, el sol alumbró mi mente oscurecida, el sol me habló y hé aquí lo que me dijo:—«Sueñas un imposible, y sueñas porque eres orgullosa, y sueñas porque amas sin pureza, y sueñas con el sueño que nunca verás realizado. Porque ese sueño mata el alma, porque ese sueño te hundirá en el piélago de una pasion que mal contenida arrastra al crimen, y ese sueño en fin te hará desgraciada continuando la existencia que hoy te guia. Despierta Aélia, despierta; oye la voz de tu amigo que él te habla.» Quedé aturdida, quedé sin conciencia de mi ser. Mas un dedo se posó en mi frente, la brisa suave, perfumada del amor sopló en mi alma, y mi alma se dilató, y mi alma escuchó, y escuchó así:—«Aélia, amiga mia, cariñosa amiga á quien busco: Aélia, amiga mia, cariñosa amiga por quien vivo; escucha la voz suave, la voz dulcificada de tu amor, escucha. Eres planta parásita, eres planta que consume el fuego, eres planta que la vista daña de cuantos te ven y no te aman como yo; mas yo arrancaré esa planta, yo la daré vida, yo la haré lozana.» Dijo, y un torrente armonioso vino á mí y no era sino su voz.—«Yo te amo, decia, como el ciego á la luz, como los ángeles á Dios. Tú eres despues de Él, á quien amo y por quien suspiro: tú eres el alma de mi alma, tú eres á quien con tanto afan busco, tú eres mi Paraiso perdido que he de habitar otra vez. ¿Oyes el murmullo del torrente que cerca tiene su cáuce? ¿Comprendes cómo el agua que por él corre le ama? Pues más, mucho más te amo yo á ti. Y no deseo tu cuerpo, y no deseo la vista de tus ojos de fuego, y no deseo una caricia de tus labios ni una frase de locura. Sólo quiero tu alma que tiene ojos, tiene el arrullo de la frase de amor, tiene el corazon palpitante y estremecido por la pasion y tiene todo.....» No dijo más.

Yo quedé escuchando y nada hablaba, llamé y nadie acudia. Adios, adios, corro en su busca.»

Y lijera como la corza que la roca salva, se perdió en la revuelta de mi formada ilusion.... y desperté.

MIGUEL PEREZ.

QUIEN MAL EMPIEZA MAL ACABA.

Era el 2.... de Diciembre de 187....

El ruido monótono y atronador de los tambores, panderas tocadas á son de bombo, almireces, zambombas y demás instrumentos pastoriles llenaba el espacio, haciendo contraste doloroso con aquellos infelices que encerrados en su casa lloraban la pérdida de algun sér querido á quien dedicaban sus recuerdos entre sollozos y gemidos.

Pero era dia de Pascua, dia en que á nadie es dado sufrir, en que es preciso gozar, y en el cual la alegría de los más, expresada con sus gritos en los bacanales, calles y plazas, ahoga el dolor de la familia que encerrada en misera guardilla, padece transida de frio, y llora en inmundo rincon sus desgracias, pensando en que no tiene un mal bocado de pan que llevarse á la boca, mientras que otros séres en ricos festines derrochan el oro, que pudiera sacarle de su precaria situacion, libertándoles tal vez de la muerte.... pero qué importa! reina el placer, el hombre se olvida de su mision en este mundo, solo se acuerda del presente, de su dicha pasajera y huye del que sufre, para quien no queda otro consuelo que lamentarse amargamente y sonreir á la sociedad, que á pesar de su progreso, está muy distante de la perfeccion por que suspira.....

No puedo decir en qué poblacion me encuentro, pero sí que es una ciudad que conserva mil recuerdos de su pasada grandeza, ciudad artística en cuyos edificios más notables se revelan claramente recuerdos de la dominacion árabe y visigoda, como tambien del esplendor de nuestras pasadas monarquias, y en la cual varias noches tengo que suplicar á un amigo mio, nictálope por cierto, que tenga á bien acompañarme á mi casa, pues á las diez ya no luce el alumbrado en algunas calles y en otras la mortecina luz de los faroles, hace envidiar aquellos tiempos en que nuestros antepasados, más felices en este punto, se alumbraban con la pajueta, la tea y el aceite.... de olivas.

Abandoné el lecho temprano y embozándome hasta las orejas, salí de mi casa sin rumbo fijo, siguiendo siempre á la multitud que se dirigia hácia la plaza de Z. Allí todo era bullicio, veianse rostros macilentos y desencajados en los que distintamente se retrataba una noche de crápula y de insomnio, criadas con grandes cestos acompañadas de sus señoras, gritos por todas partes, voces mil de vendedores encomiando sus comestibles, aquí peros de Ronda, mazapan de Toledo, granadas de Murcia, melindres de Yepes, ricos mantecados, castañas, nueces, almendras, avellanas; más allá perdices, conejos, gallinas, capones, y numerosos

regimientos de pavia, todos ellos condenados á muerte ¡oh injusticia! sin formacion de causa, ni otro delito conocido que el ser dia de pascua.

Delante de una seccion de estos últimos me detuve, pues me pareció oírles hablar en voz muy baja, y efectivamente sorprendi el siguiente diálogo:

El uno.—De buena vamos escapando compadre.

El otro.—Ya lo creo! gracias al sistema que hemos adoptado y que de fijo nos alarga la vida otro año.

El uno.—A mí me han tomado á peso ya, más de diez y siete viejas, pero conteniendo la respiracion, alicaido, con el moco recogido y descolorido, alargando el pescuezo cuanto me es posible dilatarlo, y permaneciendo inmóvil con la cabeza caída á un lado, he conseguido verme siempre libre y declarado inútil.

El otro.—¡Pues tú sabes los sustos que he corrido? He sido manoseado por hombres, niños, mujeres y algunas pollitas, pero tan monas, que puedo jurarte que sólo el guardar el pellejo por el instinto natural de conservacion, me ha hecho no colorear el moco, levantar la cola y arrastrar las alas.

A este punto llegaban de su conversacion cuando unas manos alevés atrapan á mis dos interlocutores, enamóranse de ellos á pesar de su bien representado papel, y hacen su ajuste.... Entónces comprendí que de nada sirven las precauciones en ciertos dias y que todo son ilusiones en este valle de dolores; y previendo ya el fin de aquellos animalitos cuyas contristadas cabezas me llenaban de compasion, continué mi camino.

Llegué á la puerta de la Administracion de Loterías.

Inmenso gentío se agrupaba en ella, allí vi revueltos empujándose unos á otros, comerciantes, directores de establecimientos de enseñanza, propietarios, camareros, empleados de obras públicas, carniceros y hasta creo que una linda y distinguida señorita á quien todos muy gustosos cedían el paso. ¿Qué hacía allí aquella gente? Iban á cobrar la parte que á cada uno correspondía de un billete que habia sido premiado con 25.000 pesetas.

Este cuadro me recordó que era un desgraciado y seguí avanzando; hay escenas en esta vida que no pueden contemplarse con tranquilidad.

No habria andado cincuenta pasos, cuando observé delante de mí un gran lienzo sujeto con cuerdas en los balcones de ambas aceras, en el que se leía: *Gran Teatro, extraordinarias funciones por tarde y noche* y debajo pintado un domador de fieras que hacia bailar un oso; niños, soldados, amas de cria y mozos de cordel contemplaban el cartelón y se frotaban las manos con fruicion. Me aproximé á un grupo de personas más decentes que discutían en alta voz sobre la funcion que se anunciaba, y tanto y tanto les oí decir ya en pro, ya en contra, tantas catástrofes preveían, tan malos augurios hacían, que decidí ir á buscar una localidad á fin de poder cerciorarme personalmente de la verdad de los vaticinios de aquellos señores. Daban las doce en el reloj de la Iglesia vecina al Coliseo y ya no habia localidades en el despacho, por lo que tuve que acudir á un revendedor que bien caro me hizo pagar mi curiosidad.

Ya con los billetes en el bolsillo creí prudente leer el cartel el cual decia así:

GRAN TEATRO.

GRANDES FUNCIONES POR TARDE Y NOCHE PARA HOY 2.....
DE DICIEMBRE DE 187.....

Deseosa la Empresa de que el galante público de esta culta capital tenga *algo* en que distraerse y poderle cobrar el aguinaldo, ha dispuesto para este dia la siguiente funcion Bufo-Lirico-Dramática-Fiero-Taurómaca.—Bailable.

Primero.

Gran obertura sobre motivos del «Porvenir» en la que el tío Pito tocará los platillos.

Segundo.

El célebre domador Kjqgrst, presentará en libertad el gran *oso pelado*, el cual ejecutará varios ejercicios muy aplaudidos en las principales *plazas del Congo*.

Tercero.

Se cantará el Tripili, el Sacristan y la Viuda, y los Villancicos de Noche-buena.

Cuarto.

Un afamado lidiador lisiado de una pierna simulará una corrida de toros, con un cornupeto de dos piés.

Quinto.

El tío Zambullo ejecutará varios ejercicios de fuerza, entre los cuales figurará cargarse un baul de catorce arrobas de peso.

Sexto.

Gran Can-Can por todo el cuerpo coreográfico, terminando con el bailable titulado: «Los pacientes.»

Sétimo y último.

El sainete cuyo título es: «El Rosario de Vesper.»

Nota.—El público puede asistir con pitos, bastones y calzado claveteado.

Enterado del gran espectáculo que se preparaba fui á mi casa comí á toda prisa y me trasladé al templo de Terpsicore, Melpómene y Talia, dispuesto á presenciar ambas funciones, no sin ir debidamente provisto de un buen garrote y el revolver porque la última parte del cartel ó sea El Rosario de Vesper, me hizo recordar que el de la Aurora terminaba á farolazos, y este nuevo que se iba á ejecutar creí que daría fin á trabucazos; y en gran parte no me equivoqué ¡qué silva más estrepitosa! ¡qué solemne pateo! ¡qué marimorena! ¡qué confusion! sólo se oía ¡que salga el empresario! ¡sólo el empresario que es á quien dedicamos esta prueba de simpatía por su buen comportamiento! ¡nada con los actores! ¡todo con la empresa! otro toro! otro toro!.....

Terminó el espectáculo, el lleno habia sido completo, tan completo como la pacífica demostracion que acabo de pintar; alguno, que no debiera, consolaba y acariciaba al empresario, y por fin me retiraba á mi casa haciendo juramentos de no volver á *colmarme de*

placer y de alegría, cuando á los pocos pasos que anduve sentí un ruido más espantoso aún que el anteriormente dicho; el Teatro se había *hundido*; el empresario con una *talega* y la Corporación administradora con un *documento público* corrían huyendo de la *hecatombe*, tal vez para llorar las desventuras de un edificio que tantos miles y sacrificios había costado y que yacía *muerto* para el porvenir, si no se levantaba en breve.

Al disiparse la inmensa *polvareda*, vi en el espacio entre nubes de rojo carmin un *mal humorado espíritu* que vestía traje de la época de Felipe IV y que señalando hácia las *ruinas* se alejaba murmurando: ¡Quien mal empieza mal acaba!

Todo angustiado, por cuanto había presenciado, eché á correr, pero al llegar á la puerta de mi casa sentí un golpe en el hombro..... me incorporé sobresaltado, abrí los ojos, y me encontré con la criada que me llevaba el chocolate á la cama: todo había sido un sueño, si, había soñado y me alegré despertar porque hay sueños que atormentan y que alguna vez suelen realizarse.

EL OTRO.

EL ESTUDIANTE Y LA PATRONA.

En el pueblo de.... basta y adelante
Porque el nombre saber nada interesa,
Ofreció una patrona á un estudiante
Lujosa cama y abundante mesa.

El precio estipulado, merecía
Que cuidasen del huésped la persona;
Pero pasaba un día y otro día
Dando infernal servicio la patrona,
Y aun cuando fiel el estudiante abona
Le suprimió de noche una bujía.

Una parte mermó del desayuno,
Del almuerzo otra parte, sin conciencia,
Y siguiendo su plan inoportuno,
Sin ser cuaresma le obligó al ayuno
Que aceptó resignado por prudencia.

Una noche por fin, con desconsuelo
Vió sufrir de su lecho la rebaja,
Y como el trono que llegaba al cielo
Se arrastraba raquitico en el suelo
Con dos jergones de podrida paja.

«No mas» dijo furioso el estudiante
Cansado de sufrir humillaciones,
«Cumple tu compromiso en adelante».....
Y con una cerilla de Cascante
A ceniza redujo los jergones.

*Se puede tolerar alguna falta
Cuando poco se pierda,
Pero apretando mucho de la cuerda
Al fin y al cabo salta.*

G. BUENO.

GOLPEAR AL AIRE.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Era la noche. Hacía largo rato las sombras se habían extendido por el cielo y en su manto tachonado de estrellas envolvían los prados y las selvas, las llanuras y las montañas. Cantos de alegría y de rogocijo vibraban en el aire y mezclados al discordante sonido de los instrumentos rús-

ticos, turbaban la calma de la noche. De pronto el viento trajo á mis oídos en un eco débil y apagado, la copla popular:

Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad.....

Y al oírle y sin saber por qué, mis ojos se llenaron de lágrimas; incliné la cabeza sobre el pecho y mi pensamiento voló en seguida á más altas esferas en busca de más aire, de más luz.

Todos los recuerdos de mi infancia, dulces recuerdos santificados por la memoria de mi madre, se agolparon en tropel á mi imaginación calenturienta. Desplegóse á mi vista en un momento el panorama de mi vida, y una tras otra pasaron ante mis ojos todas las Noche-buenas que desde mi nacimiento habían precedido á la presente, y todas ellas me aportaron sus recuerdos. Allí, á mi alrededor, respirando el mismo aire que aspiraban mis pulmones, mirándome tristemente con sus ojos sin luz medio velados por la sombra, y pronunciando vagamente palabras que no llegaban á mis oídos pero en las cuales hallaba mi corazón tesoros de ternura y de cariño, se agitaban en fantástico tropel todos los seres queridos que desde la cuna sostuvieron mi paso vacilante, y me abrigaron en su seno, y me prestaron sus consejos y su enseñanza; seres queridos que arrastrados en el huracán de la vida pasaron por la tierra como brillantes meteoros, y que muertos para la tierra hoy viven sin duda alguna en esos mundos misteriosos llenos de encanto y de armonía, que adivina la ciencia y el espíritu entreve en sus sueños del infinito!

Un fuerte soplo de viento entró por la ventana y apagó la bujía que iluminaba mi aposento; sin apercibirme al pronto de ello permanecí con los codos apoyados en la mesa y la cabeza oculta entre las manos soñando despierto, viéndolo esa vida del alma superior á la vida de la materia, para la cual no existen el tiempo ni el espacio.

En un extremo de mi habitación pintóse de repente un gigantesco nacimiento rodeado de altas montañas que ocultaban su cima entre las nubes, adornado de pequeños molinos que movían sus aspas de madera agitadas por manos invisibles, y de peñas, entre las cuales rodaba melancólico el arroyo y gemía la fuente murmurando su son eterno; vasto paisaje sembrado de pintorescas casitas que parecían brotar de entre los montes como al conjuro de una maga. Allá, en el fondo, una ciudad reposaba envuelta en las tinieblas de la noche, y salía de ella esa calma ficticia de las ciudades dormidas; y abajo, en primer término, en un establo reducido, representábase el primer acto de ese gran drama que comienza en los alrededores de Belén y termina en la pelada cumbre del Calvario. Sobre él brillaba pura y radiante una estrella de magnífico resplandor, y sostenidos por alambres invisibles, cerníanse en el aire coros de espíritus angélicos de cuyos labios entreabiertos parecían escaparse en torrentes de armonía las palabras del Evangelista: ¡Gloria á Dios en el cielo! ¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

No faltaba ningún personaje de los que figuran en la leyenda: en un extremo el inhospitalario posadero con un candil en la mano se asomaba á la ventana de su meson para rechazar á la pobre pareja que le pedía asilo; en otro, un grupo de pastores, de hombres sencillos tan amados por Jesús, de rodillas junto á las olvidadas migas, cruzaban sus manos y elevaban sus ojos al cielo siguiendo con la vista el ráudo vuelo de los ángeles que iban por el mundo anunciando la buena nueva. En todas las revueltas de las montañas, en los senderos tortuosos que venían de la ciudad, figuras diminutas de aldeanos que llevaban al que más tarde había de ser su profeta y su legislador las primicias de su cariño. Jesús vino al mundo para predicar la

caridad hacia los pobres, el consuelo de los desgraciados, la exaltación de los humildes, y mientras los ricos, los poderosos, los señores, dormían, los pobres, los desgraciados, los humildes venían á adorar al Sér sublime que había de proclamar su regeneración. Más léjos, casi en el fondo, los tres reyes magos con sus simbólicos presentes y sus escuderos llevando del diestro los camellos cargados de regalos, guiados por la estrella misteriosa que la fé popular encendió como faro salvador sobre sus cabezas.

Y delante de este gran escenario en que todas las figuras representaban un papel tan importante, en la cima de las montañas, en el establo, en los tejados de las casas, en todas partes en fin, un sin número de bujías en miniatura derramaban vivos destellos, dando cierto aspecto fantástico al paisaje.

A una señal, todo se movía en aquel mundo legendario, extendido delante de mí; corría el agua sobre su lecho de guijarros, agitaban sus aspas los molinos, se adelantaban las figuras, deslizábanse los camellos cuidadosamente sobre las resbaladizas pendientes, caminaba la estrella, y los ángeles abrían sus alas y desplegaban sus flotantes mantos. Y el ruido de los arroyos, y el murmurio de las fuentes, y el balido de las ovejas, mezclábase en el aire á los cantos de los serafines y á los gritos alegres de los pastores. Todo vivía, todo palpitaba, todo tenía una voz para unirle al concierto universal y hacer vibrar con su armonía el espacio que ántes esmaltaba con sus flores.

Solo la ciudad sentada en el fondo seguía durmiendo sin que la luz la despertase, sin que nada viniera á revelarla el nacimiento de la nueva idea. El mundo antiguo era incapaz de comprenderla en todo su valor.

Poco á poco, se fueron apagando las bujías unas tras otras; las estrellas palidieron, el movimiento terminó, se detuvieron las figuras, sosegaron su vuelo los espíritus, y cuando el último cirio dejó brillar su último resplandor, todo desapareció en la sombra.

Entonces levanté la cabeza. Los primeros tintes de la aurora empezaban á iluminar el horizonte. En el aire palpitaba todavía el eco de otra canción popular:

La Noche-buena se viene,
la Noche-buena se va....

Mañana, cuando el reloj señale la media noche, un año va á morir, á perderse en ese abismo sin fondo que se denomina tiempo; melancólica figura á quien la Mitología puso alas para marcar así lo veloz de su carrera.

¡Qué triste es el fin del año! Muere entre los rigores del invierno, en medio de la desesperación de la naturaleza; el sol se muestra avaro de sus rayos y la noche pródiga de sus sombras para sus últimos días. Semejante al anciano desvalido, tiene frío en las áridas llanuras desnudas de césped, en las selvas faltas de ramaje, en los árboles despojados de sus hojas. Llora, y sus lágrimas se congelan y cubren el mundo como un sudario matando en las grietas de la tierra, en las profundidades del suelo, las últimas manifestaciones de la vida. Su aliento hiela el aire y detiene la sangre en las venas y debilita al corazón. Y cuando cae rendido, el mundo ríe y goza sobre su tumba, cortesano del año que empieza, olvidando lo bueno que haya hecho el que acaba de trascurrir para no recordar más que las desgracias que durante él le han sobrevenido.

Y sin embargo, él también ha tenido fuerza y juventud. Aunque nació en el frío y la soledad, aunque sus primeros pasos fueron torpes como los del niño, luz apenas encendida y pronta á apagarse al menor soplo, la primavera le engalanó con sus flores y le embriagó con sus perfumes; el

estío le rodeó de espigas y cantó á sus piés el himno del amor y de la vida, y el otoño le coronó de pámpanos y extendió á su paso una vistosa alfombra de verduras. Vino después el invierno, empezó á abrirse su sepulcro y llegado el plazo terrible, el viejo Saturno expía en su fatal reloj el momento en que ha de caer el último grano de la arena que contiene.

¡Vedle! En medio del campo, sólo y abandonado, á los piés de un árbol que extiende sus escuetas ramas sobre su cuerpo carcomido, caídos á sus piés sus atributos, símbolos otro tiempo de grandeza y ahora señales vivas de protección y decadencia!.... Tiende su vista en derredor y no ve nada que lo consuele, que sirva de lenitivo á su dolor: todos los que tenían algo que esperar pusieron en él sus esperanzas, millares de almas vírgenes é inocentes le dieron el secreto de sus sueños y los dulces encantos de sus ilusiones: hubo madres que le confiaron sus hijos; amantes que fiaron de él su dicha.... ¿Qué les ha dado él en cambio? Ha agostado las esperanzas de los unos, trocado en desengaños las ilusiones de los otros.... las flores colocadas en su camino han descubierto sus espinas.... Y todos los seres maltratados por él se estrechan á su alrededor y le cercan con empeño para pedirle cuenta de su felicidad.

No obstante, ha hecho algún bien á su paso por el mundo; hay muchos que le deben su desgracia, es cierto, pero hay muchos también que le son deudores de su felicidad. ¿Dónde están éstos para que depongan en su favor, para que arrojen en sus últimos momentos algo de la calma y de la paz que su espíritu necesita?

En vano los busca. En este mundo el agradecimiento es una planta que se agosta bien pronto; sólo la ingratitud echa raíces.

—♦—
¡Va á morir!.... Vosotros los agraviados, los que todavía veis manar la sangre de las heridas que os abrió, suspended vuestros ódios.... ¡Va á morir!

¡Paz á los muertos!

—♦—
En estos momentos que son los últimos del año; cuando en la noche del 31 de Diciembre, ántes de sonar las doce, el hombre se abstrae en sus pensamientos y reconcentrándose en sí mismo evoca con acento vigoroso sus recuerdos de aquel año, ora sean dichas, ora sean desgracias lo que aparezca en su imaginación, algo irresistible le arrastra á desear el año venidero; algo irresistible también le induce á sentir la desaparición del año que termina. Desearía detener al tiempo en su carrera, porque tiene miedo del porvenir, y sus recuerdos le unen al pasado, pero también y al mismo tiempo desearía acelerar su marcha para conseguir el logro de nuevas esperanzas, la realización de nuevas ilusiones.

¿Por qué es esto? ¿De dónde nace esta diversidad de sentimientos?

Alphonse Karr lo ha dicho:

«Pasamos la primera mitad de la vida soñando con la segunda; y la segunda llorando sobre la primera!....»

Si desde que se inauguró el Teatro de Rojas, no nos hubiera acostumbrado la Empresa á todo lo irregular y lo anómalo que se puede dar, el espectáculo que la otra noche presenciábamos en él nos hubiera sorprendido, y sorprendido dolorosamente.

Pero no ha sido así, por desgracia. Lo que en él ocurrió no era nuevo para nosotros que desde hace mucho tiempo lo preveíamos. Abusando la Empresa inconsideradamente de la indulgencia de un público sobrado cachazudo y en

demasia benévolo, había de llegar naturalmente un momento en que tuviese un límite la paciencia, en que se detuviera la consideración. En ninguno de nuestros números hemos dejado de dar leales consejos á la Empresa para que no llevara tan lejos sus abusos y al público para que no hiciera tanto alarde de complacencia con quien de tal modo defraudaba sus esperanzas más legítimas. Nuestros avisos se perdieron en el aire y sucedió lo que debía suceder: dióse el espectáculo que tanto temíamos y que nunca dudamos ni un momento se había de realizar.

Y en el capítulo de cargos que se puede formar en este asunto, no corresponde al público la menor parte: si no se hubiera tolerado lo que en ningún modo se podía tolerar, las faltas innumerables de detalle y de conjunto, de actores y *mise en scene* en la mayor parte de las obras representadas; si no se hubiera tolerado lo que en ningún modo se podía tolerar, la irrisoria representación de un *Tenorio* que ni un café-cantante de Madrid hubiera querido apadrinar, no habríamos indudablemente llegado á lo que llegamos la noche del 26 del corriente.

Hacia ya días que se sabían en Toledo las disposiciones de la Empresa para abrir el Teatro durante estas pascuas; pareciendo ignorar que el público que asiste al Teatro de Rojas puede exigir algo más que exigiría en cualquier otro Teatro del último pueblo de la provincia, se contrató una Compañía que no estaba á la altura del Coliseo y cuya presentación, en las tablas, acusa en dicha Empresa ó un total desconocimiento de las condiciones de la población, que en mal hora le encargó de su Teatro, ó una confianza exageradísima en su fortuna asentada únicamente en este caso en el precepto de Horacio. ¿Qué hizo el Ayuntamiento entonces? Olvidar por completo el pliego de condiciones aceptado por el Empresario en la subasta del Coliseo, y permitir que en él se faltase de ese modo á lo que la índole de la población y las pretensiones del Teatro requieren.

¿Y para qué? ¿Qué se consiguió con esto? Irritar al público que comprendió la necesidad de poner coto por sí mismo á los abusos de que era víctima. Exponer á los actores, inocentes de todo, á soportar desde la escena todos los dolores, todas las amarguras que deben destrozar el corazón de los que tienen que sufrir la irritación de ese monstruo de mil cabezas que se llama público y que ruje como el huracán cuando se alborota.

¿Qué importa esto! La Empresa, causa de todo, ha embolsado el importe de tres llenos que á tener cerrado el Teatro no hubiera obtenido. El Ayuntamiento se limitó á hacer retirar la Compañía, todo el mundo se dió por satisfecho con esta benévola medida, y los pobres actores que arrastrados por el Empresario que de sobra conocía sus condiciones artísticas y las necesidades de Toledo, vinieron—despreciando quizá otras proposiciones—á ganarse un pedazo de pan, quedaron sin ajuste y en ridículo!.....

Y el espectáculo era horrible. El público en masa y como un solo hombre vociferaba contra la Empresa, rindiendo, sin embargo, un tributo de consideración á los actores. De pié en los palcos, en las butacas, todos gritaban, todos silvaban, todos protestaban contra lo que creían una ofensa á su ilustración, pues ofensa era imaginarse que podía recibir sin protexta lo que con tal intento se le presentaba. Los actores pálidos y convulsos no sabían qué hacer y arrojaban á todas partes tristes miradas para hallar un poco de calma que no lograban ver en parte alguna; por fin se sentaron, interrumpieron la representación y uno

de ellos se adelantó: —Señores, ¿qué hacemos? podemos continuar? —Si, sí, gritó una voz desde un palco; esto no es contra VV.— Y una salva de aplausos estalló en todo el Teatro como confirmación de estas palabras.....

Y al ver esto

Melpómene, Terpsicore y Talía
salieron del Teatro de estampía.

Ya antes de esto habíase repartido con el programa de la función siguiente una advertencia de la Empresa al público en que trata aquella de disculparse aduciendo para ello razones peregrinas de que no nos ocupamos por no hacer harto pesada la crónica.

Pero no podemos pasar sin protexta una afirmación: Dice en ella la Empresa, que si alguna falta hay en el Teatro hay que tener presente que éste le fué concedido cuando ya estaba empezada la temporada teatral y en ajuste todos los actores.

Prescindiendo de esto á que algo podíamos objetar, no nos explicamos que la Empresa lo diga con su firma. ¿Pues qué, al aceptar el Teatro no sabía el Sr. Pastor á lo que se obligaba? Si comprendía la imposibilidad de cumplir sus compromisos, por qué los adquirió? ¿Es esto serio? Se puede decir esto á un público que paga sus localidades y que tiene grandes derechos á exigir el cumplimiento de lo que se le ofrece?

Olvidemos esta dichosa advertencia, parto sin duda de un momento de irreflexión. Si no se podía abrir el Teatro estas pascuas, no haberlo abierto. Después de todo, ¿por qué se llevó el Sr. Pastor á Valladolid la Compañía de verso? ¿Qué diferencias existen entre el público vallisoletano y el público de Toledo?

Nada más queremos decir; confiamos en que la lección no será perdida, y en que el buen juicio de la Empresa y la buena dirección del Ayuntamiento evitarán al público toledano esta clase de espectáculos que tanto desdican de la cultura de esta población.

A última hora ha llegado á nuestras manos un ejemplar del folleto del Sr. Martín y Oñate, que se titula *Vindicación y desagravio de Toledo*.

Faltos de espacio por ahora dejamos para el número próximo el examen de esta obrita de discutible oportunidad, pues desde el 24 de Agosto, día en que se infirió el agravio, ya ha habido tiempo para olvidarle. Parece que no ha sido así y eso está mal hecho. El rencor no es una virtud cristiana, y Jesús predicó desde la cruz el olvido de las injurias.

Bien dicen que las pequeñas causas producen los grandes efectos. Véase en este caso; un artículo de dos columnas publicado por *El Globo* ha producido un folleto del Ayuntamiento toledano y un tomo casi en folio del Sr. Martín y Oñate.

O falta ofensa ó sobran desagravios.

Buenas pascuas.

Yo.

TOLEDO, 1878.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE FANDO E HIJO,
Comercio, 31 y Alcázar, 20.